JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

IV. DROGAS

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
IV. DROGAS

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

IV. DROGAS

Mano Izquierda Editores

En las academias
ya no se enseña la prohibición;
el viejo tabú de las sustancias ilegales
y la estigmatización del adicto
pertenecen a la mitología
de un siglo primitivo
que temía a sus propios receptores.
Hoy la química
es una asignatura obligatoria
en los paneles de formación básica,
una ciencia del ajuste corporal
que enseña al ciudadano desde la pubertad
a calibrar su propia biología
según las exigencias
del mercado y de la noche.
Las multinacionales farmacéuticas
no ocultan sus catálogos
en el mercado negro;

los promocionan
en las pantallas gigantes
de las megalópolis
on la misma transparencia
con que se anuncia una actualización
del software respiratorio
o una prótesis ocular.

En este planeta erosionado,
donde la masa de quince mil millones de almas

paga fortunas inalcanzables
por un simple frasco de agua limpia de manantial,
las drogas de síntesis
se han convertido
en la mercancía
más barata sobre la tierra.
Un paquete de cápsulas
de alta pureza
cuesta menos
que una ración
de proteína transgénica
y mucho menos que un sorbo
de agua no reciclada,
convirtiendo el consumo
en el recurso primario
para aplacar la sed
y la desesperación.

El sistema prefiere
una población anestesiada
o híper-estimulada por centavos
que una muchedumbre sobria
capaz de calcular las dimensiones
de su propio cautiverio.

Las moléculas de la eficiencia
y la arquitectura del éxtasis,
la producción en las jornadas
ininterrumpidas de los distritos mineros,

se han diseñado las sustancias de hiperfoco
de quinta generación:
moléculas que anulan la fatiga neuronal,
suprimen la necesidad de sueño
por días enteros
y fuerzan al cerebro
a un estado de concentración absoluta
y sin fricción.

El trabajador consume la dosis matutina
para convertirse en un procesador perfecto,
un organismo
cuya atención queda fijada
al detalle de la máquina
sin desviarse jamás,
sintiendo una euforia sintética
mientras sus tendones biológicos
se desgastan en la tarea.

Por la noche,
la química cambia de polaridad
hacia el mercado del placer puro:
drogas de diseño formuladas
por cibernéticos moleculares
para excitar la espina dorsal,
amplificando el tacto
hasta convertir cada poro
en un centro nervioso hipertrófico.
Son moléculas que prometen

orgasmos de horas
y visiones de mundos no contaminados,
pasajes sintéticos hacia dimensiones
de luz pura que hacen olvidar
el olor a ozono quemado
y el hacinamiento
de los barracones subterráneos.

La anestesia de la voluntad
en esta sociedad de permisividad absoluta
donde el deseo ha sido despojado de moral,
la química ha perfeccionado
también los instrumentos
del sometimiento silencioso.
Sustancias volátiles y transparentes,
sin olor ni rastro químico retenible en los filtros,
son disueltas
en las bebidas sintéticas
o vaporizadas en las salas
de ocio nocturno,
diseñadas específicamente
para disolver la barrera del consentimiento

y sumergir la conciencia
de las víctimas
en un estado de parálisis lúcida.

Bajo los efectos de estos
depresores selectivos, la mente

observa con aterradora claridad,
pero el cuerpo pierde toda capacidad
de respuesta motora y de resistencia:
la masa muscular se vuelve dócil
como el agua y la voz se apaga en la garganta.
Las violaciones
se ejecutan en la penumbra
de los complejos de entretenimiento
como un procedimiento rutinario,
facilitado por drogas
que después borran
todo rastro, evidencia y
recuerdo inmediato
o dejan tras de sí únicamente
la sensación amarga
de una pesadilla sin rostro.
La violencia sexual
se disuelve en la ambigüedad
de una noche hiperestimulada,
donde la víctima despierta
en el suelo de plástico
sin pruebas que presentar ante los algoritmos.

La frontera del microgramo
y el negocio del colapso se difumina en
las sustancias de diseño de este siglo
que poseen una potencia matemática letal;
la distancia entre el éxtasis supremo
y el paro respiratorio

es cuestión de un microgramo.
A medida que el organismo
desarrolla una tolerancia veloz
tras pocas tomas,
el usuario se ve forzado
a rozar los límites de la dosis crítica
para obtener apenas
un destello de la
primera iluminación química.

El margen de error es nulo:
una pequeña fluctuación
en la temperatura del parche,
o la ingesta de un cristal
con una pureza ligeramente superior
a la catalogada,
bastan para detener
el pulso magnético
del corazón en fracción de segundos.

Las muertes por sobredosis
no se ocultan
ni provocan escándalo en los titulares;
son contabilizadas por las corporaciones
como una tasa de reemplazo natural.
El negocio legal de la droga
incluye el seguro de incineración rápida
y la suscripción a los paquetes de purga
de emergencia para las clases altas.

Los laboratorios
ganan en el diseño
del estupefaciente,
ganan en el suero de neutralización
y ganan
en la administración de la adicción
que sustituye a la religión y a la política.

El naufragio permanente de la mente
es el resultado es una humanidad
que habita estados alterados,

una población que no recuerda
cómo se siente la vigilia
sin alteración molecular.
La percepción de la realidad
se ha fragmentado
en mil espejismos de diseño:
algunos caminan
entre alucinaciones geométricas
que superponen ciudades de luz
sobre las ruinas grises
de la infraestructura urbana,
mientras otros flotan
en un letargo bioquímico
que convierte el dolor en una vibración ajena.

El cerebro humano
es un paisaje químico reconfigurado

por el mercado,
un espacio donde la memoria,
el placer,
el rendimiento laboral y
la agresión
se compran en ampollas de colores
y se aplican directamente sobre la piel.

Cuando el efecto se evapora
y la realidad del planeta agotado
vuelve a filtrarse,
el hombre extiende la mano
buscando la siguiente dosis
más barata que el agua,
prefiriendo el veneno perfecto
de la molécula antes que despertar
a la sobriedad insoportable
de un mundo que terminó de destruirse.

El desahucio precoz y el instinto del abismo
se da en los pasillos inferiores
de las arcadas residenciales,
los adolescentes no sueñan con la madurez;
su infancia no fue un espacio de juegos
ni de descubrimientos soleados,
sino una breve espera
en pabellones entubados
antes de la asignación de cuota.

Crecieron mirando
los marcadores del censo global
los índices de la humedad del aire
que no habrá agua para su adultez
ni espacio para levantar una vida
que no sea el engranaje de la fábrica.

Poseen una intuición fría,
un conocimiento biológico
de que el futuro es una mentira comercial,
una construcción publicitaria diseñada
por las corporaciones para vender filtros.
Saben, antes de cumplir quince años,
que la especie ha llegado
al término de su curso
y que su único destino real
es la explotación
o la mutilación programada.

La arquitectura del olvido infantil
es, para ellos, lo que no sintetizaron
las moléculas del hiperfoco
ni los estimulantes del trabajo,
sino los alucinógenos de borrado temporal
y evasión absoluta:
drogas de diseño formuladas específicamente
para la neuroquímica adolescente,
sustancias líquidas o vapores
que se absorben a través de la mucosa

o parches de Derma-Polímero.
Son moléculas que desactivan
la percepción del tiempo
y distorsionan la gravedad,
capaces de simular en el cerebro
la existencia de un sol amarillo
que jamás conocieron,
el rumor del mar de agua dulce
o la sensación de flotar en un espacio
sin peso ni hacinamiento.

Bajo el efecto de estos compuestos de evasión,
la mente joven se disuelve
en una amnesia dulce:
las palabras de la propaganda oficial se borran,
el hambre se adormece en una pausa artificial
y el cuerpo queda congelado
en un estado de catalepsia placentera.
Es una fuga química hacia atrás,
una forma de abortar la conciencia
antes de que el sistema la reclame.
Los adolescentes no consumen
para celebrar ni para rebelarse
contra el orden establecido;
consumen para desaparecer
de la línea temporal,
para no estar presentes
en el momento
en que les sea instalado

el primer módulo de trabajo
biomecánico.

Los santuarios del silencio de plástico,
se reúnen en los conductos de ventilación
fuera de servicio y
en los sótanos de basura sintética,
apilados unos sobre otros
como capas de ropa abandonada en la penumbra.
Decenas de cuerpos jóvenes
permanecen inmóviles durante días enteros,
con las pupilas dilatadas reflejando
el parpadeo de los tubos de luz moribunda,
respirando a través de filtros desgastados
mientras sus mentes
viajan por universos de simulación.
No hay música en esos encuentros,
ni conversación, ni contacto sexual:
el sexo requiere una energía
que prefieren entregar por entero
al viaje bioquímico.

Las corporaciones y los algoritmos
de control no persiguen
estos refugios clandestinos;
al contrario, toleran y subsidian
la distribución de estas drogas
de evasión juvenil.

Un adolescente drogado en un sótano
consume un tercio menos de agua reciclada,
no genera protestas por el derecho al alimento
ni requiere mantenimiento educativo.
La evasión es el método de pacificación
más económico de la época,
una forma de eutanasia prolongada
que administra la frustración de la juventud
convirtiéndola en un coma vegetal de bajo costo.

La sobredosis como frontera elegida,
en este mercado de la anestesia,
el límite de la tolerancia es una línea borrosa
que muchos cruzan a propósito.
la sobredosis de evasión
no es percibida como un accidente trágico,
sino como la graduación definitiva,
el único acto valiente sobre su propia biología.
Aumentar la dosis de la droga de diseño
hasta que el pulso se detenga suavemente
es preferible
a despertar a la jornada
de dieciocho horas
o al alistamiento en las unidades de frontera.

Las salas de urgencias
ya no intentan reanimar a los cuerpos
que llegan saturados de plástico químico;
se limita a registrar la baja en el censo

y liberar la tarjeta hídrica
del difunto para su redistribución.

Los padres (si es que la palabra
aún conserva algún significado
en los barracones)
miran el cuerpo inerte
de sus hijos sin derramar lágrimas,

comprendiendo que el viaje
sin retorno
acia la inconsciencia
fue la única piedad
que el siglo veintidós
pudo ofrecerles.

Es la generación que se borró a sí misma,
así se consuma
el último vaciado de la especie
sobre el planeta
la que prefirió las moléculas de sombra
a la luz de la realidad,
jóvenes
que eligieron la extinción
prematura
antes que el aprendizaje
de la servidumbre.
El futuro no fue conquistado
por las máquinas ni destruido únicamente

por las ondas de guerra,
sino también abandonado por sus propios niños,
que cerraron los ojos en los sótanos,
dejando que el polvo de síntesis
cubriera sus rostros inmóviles
mientras la metrópoli vertical
seguía rugiendo allá arriba,
poblada por adultos
de cromo y vidrio
que olvidaron
hace mucho tiempo
lo que significaba tener un mañana.

Mano Izquierda Editores